

EPISTEMOLOGÍA E HISTORIA DE LA CIENCIA

SELECCIÓN DE TRABAJOS DE LAS IX JORNADAS

VOLUMEN 5 (1999), Nº 5

Eduardo Sota

Luis Urtubey

Editores



ÁREA LOGICO-EPISTEMOLÓGICA DE LA ESCUELA DE FILOSOFÍA
CENTRO DE INVESTIGACIONES DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons atribución NoComercial-SinDerivadas 2.5 Argentina



La defensa de la dimensión práctica de la historia en la filosofía de la historia contemporánea¹

Rosa Belvedresi*

Como es bien sabido la expresión "historia", en español y en otros lenguajes, contiene la ambigüedad de referirse tanto al objeto como a su conocimiento; así, por "historia" puede entenderse tanto el pasado humano como la disciplina científica que lo toma por objeto. La historia en este segundo sentido es la indagación metódica y sistemática de los fenómenos humanos del pasado. Me interesa particularmente comenzar este trabajo señalando esta ambigüedad obvia y manteniéndola a la vista, ya que de ahí se han derivado dos formas de entender a la filosofía de la historia. Aquí voy a argumentar en contra de una tal dicotomía y a favor de mantener esta duplicidad (especulativa y epistemológica) al interior de la filosofía de la historia como disciplina sistemática. Y habré de mostrar que esta toma de posición puede dar cuenta de algunas de las objeciones escépticas provenientes de lo que se denomina "narrativismo histórico".

En general se han distinguido dos enfoques filosóficos sobre la historia según se considere uno u otro de los aspectos mencionados. Por "filosofía de la historia" en un sentido tradicional se ha entendido a la reflexión especulativa acerca del sentido del devenir histórico. A esta orientación pertenecen cuestiones tales como las tesis iluministas del progreso en la historia, la cuestión de la libertad o la determinación de la acción humana, el papel que tiene, si es que alguno, la necesidad en los procesos históricos (lo que involucraría la discusión acerca de la inevitabilidad de los acontecimientos, esto es, de su ocurrencia con independencia de la conciencia que los actores históricos puedan tener de ellos), etc. La filosofía especulativa (o sustantiva) de la historia estaba ligada a la construcción de grandes sistemas filosóficos que pretendían dar sentido (o descubrirlo) a la multiplicidad de sucesos históricos, conteniendo muchas veces afirmaciones proféticas acerca del futuro de la humanidad.² Una muestra de esta filosofía de la historia lo constituyen paradigmáticamente las obras de Kant o Hegel, obras en las que hay un descuido de los datos concretos y hasta una tergiversación de ellos para hacerlos encuadrar en un marco significativo fijado de antemano. De ahí deriva el descrédito que esta forma de filosofía de la historia supo ganarse, y la razón por la que el adjetivo "especulativa" o "sustantiva" suele entenderse de modo peyorativo, queriendo con él calificar a teorías abstractas que privilegian injustificados compromisos metafísicos a costa de dar cuenta del verdadero pasado histórico. Señalo al pasar que la concepción marxista de la historia también puede verse como un ejemplar de filosofía especulativa de la historia. Un último intento de esta estrategia lo hemos visto representado por la tesis de F. Fukuyama acerca del fin de la historia (*El fin de la historia y el último hombre*, 1992).

Al segundo enfoque se lo caracteriza como filosofía crítica de la historia, y está ligado a la reflexión filosófica acerca del conocimiento histórico, esto es, se involucra con las cuestiones referidas a las características propias de la historia como disciplina científica. Sus

* UBA-CONICET.

temas centrales, entonces, serán los modelos de explicación, el problema de la objetividad, la selección de evidencia, la definición de evidencia relevante, etc. Se considera que esta segunda alternativa no sostiene compromisos metafísicos específicos como sí lo hace la filosofía especulativa de la historia. Así, y a partir sobre todo de la influencia de algunos teóricos analíticos en las décadas del '50 y del '60, la filosofía de la historia debería ocuparse únicamente de las condiciones de legitimidad epistemológica del conocimiento histórico, manteniéndose prescindente frente a las cuestiones que habían desvelado a los filósofos especulativos.

Ahora bien, a mi modo de ver es difícil sostener una distinción tan absoluta, en particular y para extremar la tesis, creo que la concepción que se defiende del conocimiento histórico estará estrechamente ligada a nuestras ideas sustantivas acerca de en qué consiste el pasado histórico, tal como algunas discusiones actuales permiten mostrar. Por supuesto que ello no obliga a reeditar las viejas (e ingenuas) nociones de progreso indefinido, libertad absoluta o absoluta determinación, etc. Ni mucho menos pensar a la historia como una unidad, la historia universal, único marco significativo y significante posible. Pero me parece bastante claro que algunas tesis epistemológicas requieren, para ser comprensibles, la elucidación de ciertos compromisos extra-epistemológicos. Considero que esto último es particularmente importante de resaltar cuando se trata de responder a algunas posiciones que cuestionan el supuesto rol legitimador que inevitablemente le cabría a la investigación histórica. En realidad, tales posiciones parecen sostener, como espero mostrar, una concepción inadecuada del conocimiento histórico en cuyo contexto resulta imposible defender el valor práctico (en sentido amplio) que la historia tiene para los legos y para la formación de las identidades personales y colectivas. En particular, lo que me interesa mostrar es que no es posible pensar a la ciencia histórica como interesada en la búsqueda aséptica de la verdad objetiva, ya que es necesario reconocer que la investigación del historiador posee una dimensión práctica por las vinculaciones que mantiene con el mundo de la vida en el que ha surgido. Aunque, a la vez, discrepo con aquellos autores que consideran que reconocer tal dimensión práctica implica aceptar el cumplimiento de una función política legitimadora (ideológica). En esta línea, argumentaré que si no se piensa a la ciencia histórica como una empresa con componentes normativos (o si se quiere extra-epistemológicos) no se puede siquiera dar sentido a lo que significa contar la verdad acerca de lo que ocurrió, puesto que el pasado a ser contado está siempre prefigurado de cierto modo y exige ser a la vez refigurado por la audiencia que recibe el texto historiográfico. Voy a discutir algunas de las tesis "narrativistas" a modo de ejemplo del tipo de enfoque que estoy defendiendo.

Se suele distinguir a la "historia" como "relato" de las "crónicas" o "anales", ya que mientras los últimos sólo enumeran una serie de acontecimientos sin ningún otro orden más que la mera sucesión cronológica, el relato historiográfico propiamente dicho (que surge en paralelo con la experiencia moderna del tiempo) es acerca de un sujeto o tema, en relación al cual selecciona los acontecimientos que evalúa como relevantes para la "historia" de ese tema.

Ahora bien, cuando en la década del sesenta A. Danto³ señaló que la narrativa en la que se expresa el conocimiento histórico no era sólo una forma de ordenar los datos sino que también implicaba una teoría acerca de lo que ocurrió, en cuanto hacía más que sencillamente organizar la información contenida en la evidencia considerada, estaba abriendo el camino a lo que unos años más tarde se desarrollaría como la **filosofía narrativista** de la

historia. La expresión "narrativismo histórico" se usa de modo bastante difuso ya que muchos autores "narrativistas" sostienen posiciones opuestas. En general, el narrativismo enfatiza el rol que el discurso narrativo tiene en el conocimiento histórico, no como simplemente un recurso estilístico sino como su condición de posibilidad. Al señalar la importancia de la estructura narrativa del conocimiento histórico, lo que Danto quiso decir es que los sucesos del pasado se organizaban en un relato siguiendo una secuencia de comienzo, medio y fin, siendo el fin el punto desde el cual se re-ordenaban. Así, el historiador recurriría típicamente a "oraciones narrativas."⁴ De este modo, el relato o narración, es el que brinda el marco significativo que da unidad y hace comprensibles a los acontecimientos históricos.

La tesis de Danto que acabo de presentar sumariamente fue criticada por quienes sostuvieron que la narración no sólo brindaba el marco significativo que permitía organizar los acontecimientos, sino que la narración era, básicamente, una imposición de significado: la narración histórica no da cuenta de lo que ocurrió sino de lo que la audiencia quiere oír. El autor más famoso en esta corriente es H. White, para quien el texto histórico debe analizarse no tanto en relación con el pasado histórico al que pretende referir (y que siempre tergiversa) sino como un artefacto literario, la producción historiográfica responde a los mismos mecanismos que la creación literaria que a su vez resultan de ciertos supuestos acríticamente asumidos. La narración histórica, entonces, debe verse en relación a la audiencia que la recibe y a la función político-ideológica que pretende cumplir. En especial, para White, en cuanto los sucesos acerca de los cuales versa la narración histórica no tienen en sentido estricto fin, el cierre narrativo es básicamente arbitrario y responde a una función moralizadora.⁵ Así que más que mera organización de la información, la narrativa resultaba una imposición de significados sobre hechos que en sí mismos no tenían ninguna forma, ni comienzo, ni final, ni estructura. Esa imposición resultaba en sí misma ideológica en cuanto iba acompañada de un movimiento de ocultamiento que hacía aparecer a los hechos como si "hablasen" por sí mismos cuando en realidad no era más que una maniobra orientada por fines legitimadores del orden político existente. Es bastante claro que desde este punto de partida poco se puede hacer por defender el valor cognoscitivo de la investigación histórica, por cuanto privilegia su función político-ideológica. Peor aún, esta función aparece como injustificable de manera racional y toda la empresa del historiador parece remitirse inevitablemente a unas restricciones metahistóricas funcionales a ciertos fines políticos pero injustificables desde un punto de vista objetivo.⁶ Por todo esto resulta obvio que de esta posición sólo pueden seguirse consecuencias escépticas.

Pero desde esta perspectiva la filosofía narrativista de la historia queda apresada en las garras del fantasma que pretendió erradicar: como el acceso a los hechos históricos en sí mismos está siempre mediado por formas lingüísticas que los distorsionan, la historia nunca puede ser acerca del pasado "tal cual fue" como suponían ingenuamente los historiadores positivistas del siglo XIX. Sin embargo, al asumir esto deben reconocer al mismo tiempo que si hay distorsión es porque hay algo más allá que es distorsionado, es decir, mantienen aún cierto resabio representacional.

Ahora bien, una línea de defensa entre los propios historiadores y filósofos de la historia frente a esta estrategia narrativista ha sido la siguiente. La historia es una ciencia social de cierto tipo, si la filosofía de la historia se toma como una epistemología debe tomar nota de los debates epistemológicos contemporáneos y eso involucra atender a la práctica de los historiadores y a la propia historia de su disciplina. En el contexto epistemológico actual,

no hay forma de sostener una teoría del conocimiento como reflejo. Más aún, en cuanto se admite que el mundo socio-histórico no es un simple objeto a la espera de ser descubierto sino que es un mundo pre-constituido por las interpretaciones de los agentes y que no hay forma de acceder a él sino interpretándolo, está claro que no puede defenderse un acceso incondicionado a los significados que ese mundo posee. En el caso de la historia podría, y creo que debería, defenderse que la función del historiador al interpretar el pasado tiene mucho que ver con la producción de significados. El historiador no sólo pretende dar cuenta de qué ocurrió y de cómo lo experimentaron los participantes, también debe satisfacer a las demandas de sus contemporáneos que al preguntarse qué pasó, en realidad también se preguntan ¿cómo podemos entender qué fue lo que pasó?.

Lo dicho exige algunas aclaraciones: cuando digo "satisfacer las demandas de sus contemporáneos" no estoy defendiendo una función pragmática de la historia según la cual cada sociedad descubra en el pasado sólo aquello que le permita legitimarse y oculte debajo de la alfombra el resto. Si estoy defendiendo una relación íntima entre conocimiento histórico y el contexto social en el que surge. Pero no estoy pensando esa relación unidireccionalmente en términos de un condicionamiento irrefragable de lo social por sobre las pretensiones científicas. La relación entre el mundo socio-histórico y la comunidad de los historiadores es compleja y multidireccional en cuanto el conocimiento histórico científico siempre tiene la posibilidad de poner en cuestión lo aceptado en términos de sentido común, a la vez que el historiador suele estar presionado por su propia situación histórica.

En segundo lugar, la "producción de significados" a la que me refiero no debe entenderse como una "imposición", que se ha visto obliga a suponer una "realidad" pura e intacta, distorsionada por esa imposición. La producción a la que me refiero tiene que ver con lo que hoy se acepta respecto de que las construcciones teóricas de las ciencias sociales son interpretaciones de segundo grado, en cuanto son interpretaciones de interpretaciones y cuya objetividad descansa en la posibilidad hermenéutica de justificación de toda interpretación más que en la apelación a un dato puro pre-lingüístico y pre-interpretado.

Por último, la "producción de significados" a la que me refiero no debe tampoco entenderse como una racionalización de intereses inconscientes e irracionales remitibles en última instancia a preferencias estéticas igualmente irracionales. Lo que entiendo es que cuando el historiador admite que quiere dar a conocer qué fue lo que ocurrió, digamos, durante los gobiernos de Rosas, asume:

-**primero:** sujetarse a la evidencia disponible e interpretarla de manera que pueda mostrar que esa interpretación podría ser potencialmente la de cualquier otro;

-**segundo:** que en esa interpretación operan dimensiones normativas y políticas respecto de cómo se relacionan los individuos con la sociedad de la que forman parte, en función de qué proyecto político puede defenderse la importancia o no de la figura de Rosas, qué papel se puede adjudicar a la lucha de clases, o a la oposición campo-ciudad en este caso, etc.;

-**tercero:** que sin esas decisiones teóricas no es posible llevar adelante una interpretación, y que esas decisiones pueden y deben justificarse racional y argumentativamente.

En caso contrario, o bien estamos obligados a asumir la contemplación muda de los hechos históricos a la espera de que hablen por sí mismos o a la práctica de ciertos pases mágicos que hagan aparecer a Rosas bien como un tirano con un proyecto político de sojuzgamiento de la sociedad civilizada de su época o como un pobre caudillo preso de una coyuntura política que lo superaba. Entre estos extremos, el silencio y la magia, el conoci-

miento histórico es posible cuando puede reconocer sin temor la importancia que los aspectos normativos tienen en su constitución como una disciplina autónoma. Como lo han señalado los propios historiadores y los filósofos de la historia, tales aspectos normativos no son accesorios ni perturbadores, a condición de que sean puestos a la luz y se acepte discutir racionalmente acerca de ellos, pues su desaparición no sólo es imposible sino que tampoco es deseable.

De igual modo argumentan quienes desde una perspectiva cercana a la fenomenología y a la hermenéutica⁷ han defendido que la narración histórica expresa una forma de la experiencia humana del tiempo. Es decir que, lejos de ser una restricción socio-histórica que dificulta el acceso a lo real o el ejercicio de una habilidad de producción textual que exige analizar el texto en sí mismo, el tema de las narraciones históricas está de algún modo estructurado narrativamente, por lo que historiador y legos comparten ese horizonte pre-teórico sobre el que se asienta la producción científica historiográfica. Para estos "otros" autores narrativistas, si bien la historia y la ficción literaria comparten los mismos mecanismos de constitución textual, la narración histórica no es una imposición de significado a hechos amorfos (según parecen sugerir las afirmaciones de White) sino que nuestra propia experiencia del mundo y del tiempo humanos es ya una experiencia narrativa. Es decir que la estructura narrativa de principio, medio y fin no es más que la expresión de nuestra vivencia del presente como el resultado del pasado y en espera del futuro. La narración no es falseadora de los hechos, sino nuestra condición de posibilidad para experimentarlos en su unidad y no como un pura sucesión azarosa e interminable. Es por esta conexión fundamental que el conocimiento histórico tiene con la vida que resulta iluso pretender que la producción historiográfica pueda ser normativamente neutral, en cuanto el "contar la verdad acerca de lo que ocurrió", que representa el imperativo básico del historiador como científico, asume un valor práctico pues también involucra decidir cuál es la verdad a contar y cuáles los modos de hacerlo. Así por ejemplo, en la discusión acerca de la posibilidad de representar sucesos como el Holocausto o la experiencia argentina durante la última dictadura militar, parte importante de lo que se discute es que la voz de las víctimas debe ser una voz fundamental y que cualquier intento de dar cuenta de lo que ocurrió no significa reducir la unicidad de esos acontecimientos sino cumplir con la obligación de decir qué fue lo que ocurrió, lo que también conlleva a dar cuenta de por qué ocurrió, es decir, cómo fue posible.⁸

Veamos ahora cómo puede evaluarse esta discusión en el contexto de este trabajo. Recuérdese que se acepta que la historia tal como la entendemos surge junto con su forma narrativa, antes de lo cual sólo puede hablarse de registros como anales o crónicas, pero no de "historia".⁹ Pero al revisar esta polémica acerca del papel de la narración en la historia, nos movimos más allá de una discusión epistemológica. Nos pasamos bien a un debate normativo, como en el caso de White (o Annales) porque se critica la identificación de la narración con el cumplimiento de ciertos compromisos político-ideológicos; o bien, a un debate filosófico en sentido amplio, como cuando Ricoeur defiende el valor de la narración en la configuración de la experiencia humana del tiempo.

Esto es más notable si se presta atención a la gran controversia que el escepticismo narrativista de White ha desatado alrededor de acontecimientos particularmente significativos, al respecto de los que se plantea el problema de su representación. Esto es: si la narración sólo puede cumplir una función ideológica legitimadora, ¿cómo dar cuenta del dolor de las

víctimas sin usarlo con fines políticos? ¿cómo representar el horror sin normalizarlo? Es claro que aquí lo que está en el centro es la importancia que tiene el mandato de que el historiador cuente la verdad acerca de lo que ocurrió, y que esa verdad no es un puro requisito epistemológico de adecuación entre relato y realidad, sino que exige una dimensión práctico-normativa en sentido amplio puesto que los sucesos históricos no están disponibles a la espera de ser contados. Cuando el historiador se compromete a contar lo que ocurrió y aunque creyera en el viejo *dictum* de Ranke de que va a exponer "el pasado tal cual fue", su función nunca es la mera reproducción de los datos o de la evidencia, sino la producción de los significados que hagan accesible el pasado humano.

En conclusión, lo que puede afirmarse es que la discusión en la filosofía de la historia contemporánea asume un perfil epistemológico imposible de omitir, a la vez que no rehusa al planteo de las cuestiones que la filosofía de la historia especulativa había desprestigiado, esto es, consideraciones sustantivas acerca del sentido de lo que ocurrió y supuestos acerca de la naturaleza humana y de la posibilidad de comprender el pasado desde el presente. Lejos de verse a estos temas como elementos de una caja negra propiedad privada de cada historiador, intenté mostrar hasta dónde forman parte de un trasfondo ineludible pero racionalmente justificable de la producción historiográfica. La filosofía de la historia contemporánea recoge los dos aspectos (epistemológico y sustantivo) que mencioné al comienzo, y al hacerlo no sólo se mantiene cerca de la práctica historiográfica concreta, sino que también acepta participar en la discusión práctico-normativa sin la cual la ciencia histórica queda reducida a un pobre ejercicio notarial de registro y verificación de documentos.

Notas

¹ Esta ponencia se enmarca en el contexto del proyecto de investigación (UBACYT) que dirige el Prof. Daniel Brauer: "El sentido de la comprensión del pasado histórico" (Fac. de Filosofía y Letras, UBA). Una versión previa de este trabajo fue leída en el 4º Coloquio Bariloche de Filosofía (junio de 1998).

² Como el propio Kant lo señalaba, si se pudieran descubrir los signos del irremediable progreso humano, sería posible escribir "historia profética", *a priori*, que se ajustaría de este modo al plan de la naturaleza.

³ Obviamente me refiero a su: *Analytical Philosophy of History*, (Cambridge, Cambridge University Press, 1965); en especial los caps. VII y VIII.

⁴ Danto, op. cit., cap. 8.

⁵ De modo que la supuesta forma narrativa en que se expresa el conocimiento histórico no es vacía sino que tiene un contenido, a saber, aquél exigido por la función ideológica que está destinada a cumplir. De ahí el nombre que da título a la compilación *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, Barcelona, Paidós, 1992.

⁶ Por supuesto que el autor más representativo de esta posición es H. White. A pesar de algunas diferencias, otros autores "narrativistas", como F. Ankersmit y H. Kellner han seguido en la dirección ya apuntada por White.

⁷ Me refiero a autores como D. Carr y P. Ricoeur. Cfr. Carr, D.: *Time, Narrative, and History* (Bloomington/Indianápolis, Indiana University Press, 1986); y Ricoeur, P.: *Temps et récit* (3 tomos, París, Ed. du Seuil, 1985).

⁸ Para el debate acerca del Holocausto, véase Friedlander, S. (ed.): *Probing the Limits of Representation. Nazism and the 'Final Solution'* (Cambridge, Massachusetts, London, Harvard University Press, 1992).

⁹ Esta identificación entre historia y forma narrativa fue duramente criticada por Annales por entender que la historia narrativa tradicional, la historia política, sólo daba cuenta del tiempo corto del acontecimiento.